Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La promesa de Navidad

Había una vez un arpista que tocaba una música y cantaba unas canciones tan hermosas que su fama se extendió por toda la tierra; y al fin el rey oyó hablar de él y envió mensajeros para que lo trajeran a palacio. "No comeré ni dormiré hasta que haya visto tu rostro y haya escuchado el sonido de tu arpa", fue el mensaje que envió el rey al arpista.

Los mensajeros lo repitieron una y otra vez hasta que se lo supieron de memoria, y cuando llegaron a casa del arpista llamaron:

—¡Hola, arpista! Sal y escucha, pues tenemos algo que decirte que te alegrará.

Pero el arpista, al oír el mensaje del rey, se entristeció, pues tenía mujer, un hijo y un perrito pardo; y le dio pena dejarlos y a ellos les dio pena que se fuera.

—Quédate con nosotros —suplicaron; pero el arpista dijo:

—Debo irme, pues sería descortés defraudar al rey; pero tan seguro como que las bayas del acebo son rojas y el pino es verde, volveré el día de Navidad para comer mi parte del pudín navideño y cantar las canciones de Navidad junto a mi propia chimenea.

Y cuando hubo prometido esto, se colgó el arpa a la espalda y partió con los mensajeros hacia el palacio del rey.

Cuando llegó allí, el rey lo recibió con alegría y se hicieron muchas cosas en su honor. Durmió en un lecho de plumón blando y comió de un plato de oro en la propia mesa del rey; y cuando cantaba, todo el mundo, desde el propio rey hasta el ratón de la despensa del palacio, se paraba a escucharlo.

Sin embargo, hiciera lo que hiciera, festejara o descansara, cantara o escuchara alabanzas, nunca olvidó la promesa que había hecho a su mujer, a su hijo y a su perrito pardo; y cuando llegó la víspera de Navidad, tomó su arpa en la mano y fue a despedirse del rey.

Al rey no le gustó que el arpista lo dejara, y le dijo:

—Te daré un caballo blanco como la leche, lustroso como el satín y veloz como un ciervo, si te quedas a tocar y cantar ante mi trono el día de Navidad.

Pero el arpista respondió:

—No puedo quedarme, pues tengo una esposa, un hijo y un perrito pardo; y les he prometido estar en casa el día de Navidad para comer mi parte del pudín navideño y cantar las canciones de Navidad junto a mi propia chimenea.

Entonces el rey dijo:

—Si te quedas a jugar y cantar ante mi trono el día de Navidad, te regalaré un maravilloso árbol que ni en verano ni en invierno está desnudo; y cada vez que agites este arbolito, plata y oro caerán para ti.

Pero el arpista dijo:

—No debo quedarme, pues mi esposa, mi hijo y mi perrito pardo me están esperando, y les he prometido estar en casa el día de Navidad para comer mi parte del

pudín navideño y cantar las canciones de Navidad junto a la chimenea
Entonces el rey dijo:
—Si el día de Navidad te quedas tocando una melodía y cantando una canción, te daré una túnica de terciopelo para que te la pongas, y podrás sentarte aquí a mi lado con un anillo en el dedo y una corona en la cabeza.
Pero el arpista contestó:
—No me quedaré, porque mi esposa, mi hijo y mi perrito pardo me están esperando; y les he prometido estar en casa el día de Navidad para comer mi parte del pudín navideño y cantar las canciones de Navidad junto a mi propia chimenea —y, envolviéndose en su vieja capa y colgándose el arpa en la espalda, salió del palacio del rey sin decir una palabra más.
No había ido muy lejos cuando los pequeños copos blancos de nieve descendieron revoloteando desde el cielo. Parecían estar diciendo: "Quédate, arpista"; "No te aventures a salir hoy". Pero el arpista dijo:
—Puede nevar, pero debo salir, pues tengo esposa, un hijo y un perrito pardo, y les he prometido estar en casa el día de Navidad para comer mi parte del pudín navideño y cantar las canciones de Navidad junto a mi propia chimenea.
Entonces cayó una nevada espesa y rápida. Las colinas y los valles, los cerros y las hondonadas estaban blancos. Todos los caminos estaban ocultos, y había montones de nieve como montañas en el camino real. El arpista tropezó y cayó, pero no quiso volver atrás; y mientras viajaba se encontró con el viento.

"Hermano arpista, vuelve, te lo ruego; no sigas adelante hoy", cantó el viento, pero el arpista no hizo caso.
—Puede caer nieve y soplar el viento, pero debo seguir adelante —dijo—, porque tengo una esposa, un hijo y un perrito pardo; y les he prometido estar en casa el día de Navidad para comer mi parte del pudin navideño y cantar las canciones de Navidad junto a mi propia chimenea.
Entonces sopló un viento helado. La nieve se congeló en el suelo y el agua en los ríos. El aliento del arpista se congeló en el aire, y de las rocas del camino del rey colgaban carámbanos tan largos como la espada del rey.
El arpista tembló y se estremeció, pero no quiso dar marcha atrás; y poco a poco llegó al bosque que se interponía entre él y su hogar.



Los árboles del bosque crujían y se doblaban con el viento, y cada uno de ellos parecía decir: "La oscuridad se acerca, la noche se acerca; Arpista, ¡detente! No te aventures por aquí". Pero el arpista no se detuvo.
—Puede caer la nieve, soplar el viento y llegar la noche, pero he prometido estar en casa el día de Navidad para comer mi parte del pudín de Navidad y cantar las canciones de Navidad junto a mi propia chimenea. Debo continuar.

Y así siguió hasta que el último rayo de luz se desvaneció y todo quedó a oscuras. Pero el arpista no temía a la oscuridad.

—Si no puedo ver, puedo cantar —dijo, y cantó alegremente en el bosque.

La nieve dejó de caer, el viento dejó de soplar, los árboles del bosque se inclinaron para escuchar y, queridos niños, mientras él cantaba la oscuridad se convirtió en maravillosa luz, y muy cerca el arpista vio la puerta abierta de su casa.

La esposa, el hijo y el perrito pardo estaban mirando y esperando, y recibieron al arpista con gran alegría. Las bayas de acebo estaban rojas en las coronas de Navidad; su árbol de Navidad era un joven pino verde; el pudín de Navidad estaba lleno de ciruelas; y el arpista era más feliz que un rey cuando se sentó junto a su propia chimenea para cantar.